CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

8 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.* D. José Cuesta, *calle Mayor.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Antonio, 26.
1856.

Capitan Pacheco.

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser o los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Paston.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La mascara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

Mejor es creer!
Los organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
Al pié de la letra.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo
La Flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas:
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla,
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.

[450:17]

EL CAPITAN PACHECO,

drama en tres actos y prólogo

POR

VI=

DON RAFAEL GALVEZ AMANDI

Y

DON JUAN DE COUPYGNI.

Representada en el teatro de la Cruz en Mayo de 1855.

N.º 297.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1856.

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
LAURA.	D.ª CARMEN CARRASCO.
BEATRIZ.	D.ª N. ORGAZ.
MARGARITA, *hostelera*. . .	D.ª CARMEN CÁRABES.
DON JUAN PACHECO, *capitan del tercio viejo de Flandes*.	D. JULIAN ROMEA.
DON LOPE MEGIA, *maestre del mismo*.	D. LÁZARO PEREZ.
GRACCHIONE, *page del proveedor del éjército*.	D. ANTONINO BERMONET.
BENVENUTO FORTUNATO.	D. JOSÉ DEL RIO.
MENDOZA. . PIMENTEL. . CAPIZZUCA. LEYDEN. . . *Capitanes del ejército católico.*	

CONVIDADOS.

La escena del prólogo pasa en Bruselas en 1580.—Los actos nueve años despues en Madrid. Los dos primeros en casa del señor Benvenuto Fortunato, y el último en la del capitan Pacheco.

PRÓLOGO.

El teatro representa una sala baja de una hostería. Mesas, bancos y adornos propios del establecimiento. Puerta á la derecha, que comunica con el interior de la casa. Otra en el fondo, que sirve de entrada á los concurrentes. Dos ventanas á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

GRACCHIONE.—MARGARITA.

GRACCH. (*Entrando.*) Buenas tardes, señora Margarita.

MARG. Felices, señor Gracchione. Qué nuevas corren por la ciudad?

GRACCH. Que el ejército católico se reune, y que al entrar la primavera entraremos todos en campaña.

MARG. Vos tambien, señor Gracchione?

GRACCH. Yo... lo que es yo... precisamente... pero mi amo el señor Benvenuto Fortunato...

MARG. Va á tomar una pica en el ejército del Duque?

GRACCH. Nada de eso; pero como le abastece de víveres, hay ocasiones... En campaña no hay puesto seguro; los arcabuces hacen mas daño que la polilla.

MARG. Pero los valientes no tienen miedo á esos percances, y vos...

GRACCH. Los valientes y los no valientes tienen una piel que no está hecha á prueba de esas endiabladas invenciones. La guerra! La guerra! Ay señora Margarita! No me gusta mucho la guerra!

MARG. En la guerra se adquiere nombre.

GRACCH. Me sobra el que llevo.
MARG. Se gana honra...
GRACCH. A un precio muy caro.
MARG. Se hacen buenas presas...
GRACCH. Si no fuera por eso! Mi sueño es el oro... Oh! Pero el ruido de las cajas me incomoda, las trompetas me aturden, las marchas cansan, las contramarchas destroncan, las escaramuzas, las batallas y los sitios, sobre todo, y los asaltos... Dios os preserve de esa desgracia, señora Margarita.
MARG. Y á vos, puesto que tanto los temeis; pero yo creo que vuestro empleo esencialmente benéfico, os pone á salvo de la mayor parte de esos contratiempos.
GRACCH. Pluguiera al cielo, señora Margarita, pluguiera al cielo! Cómo ha de ser! Si se me presentara una ocasion, y pudiera sin riesgo... Dadme vino del Rhin, y si me quereis bien, no me hableis mas de guerra ni de soldados.

ESCENA II.

Los mismos.—MENDOZA.—PIMENTEL.—LEYDEN.—CAPIZZUCA.

PIMENT. Dios os guarde, patrona.
MARG. Y á vos, señores.
MEND. Ya os he repetido mil veces que vuestros ojos están pidiendo escaramuza.
GRACCH. (*Entre dientes.*) Siempre con el mismo tema.
MEND. Os incomoda acaso, hidalgo?
GRACCH. A mí? No: no lo digo por eso... Y entre soldados... (*A Margarita.*) (Los españoles son lo mas intratables.)
MARG. Pues á mí me parece todo lo contrario.
PIMENT. Qué os decia ese mancebo?
MARG. Nada, que le trajese una botella de vino del Rhin.
LEYDEN. Y á nosotros eso mismo y alguna cosa sólida, si os parece.
TODOS. Aprobado.

MARG. Y qué es lo que les he de servir á vuesas mercedes?

CAPIZ. Lo que querais; pero que sea pronto.

MARG. Está bien, señores, y espero que quedareis complacidos.

MEND. Lo estoy ya con solo veros, patrona de mis ojos.

ESCENA III.

Los mismos, menos MARGARITA.—*A poco el* CAPITAN PACHECO, *que entra sin ser visto y se coloca en una mesa retirada.*

CAPIZ. (*Llegándose á Gracchione.*) Si algo se me alcanza de fisonomías, señor gentil-hombre, vos no habeis nacido en los Paises Bajos?

CRACCH. (*Mirándole fijamente.*) Verdad es, señor capitan Capizzuca: he nacido en Nápoles y en vuestra casa.

CAPIZ. En mi casa?

GRACCH. En vuestra casa. Soy hijo de Carlo Gracchione, mayordomo de vuestro padre; murió el pobre hace años, y yo, que era un niño entonces, quedé al servicio del señor Benvenuto Fortunato, hombre rico: quién pudiera decir otro tanto? Proveedor hoy dia del ejército del Duque de Parma, y anteriormente del señor don Juan de Austria y de...

CAPIZ. (*Interrumpiéndole.*) Basta, Gracchione, basta; me haces feliz.

GRACCH. Yo, señor!

CAPIZ. Tú: llevas muchos años en el país, y conocerás á todo el mundo: no es cierto?

GRACCH. A muchos, sí señor, á muchos.

PIMENT. Y tambien al dueño de la casa que está frente por frente de esta hostería?

GRACCH. Y tanto como le conozco! Pues si es mi principal.

MEND. Y una doncella ojinegra, de buen talle y estatura elevada...

GRACCH. Es una huérfana, casi una hermana de mi señora.

PIMENT. Y otra dama pálida, rubia, de ojos azules y semblante tan dulce como melancólico?

GRACCH. Esa es mi ama. *(Entra el capitan Pacheco y se sienta.)*

LEYDEN. Bien: mas quién es un señor alto, flaco, feo, de rostro trigueño y mirada tan risueña como bellaca?

GRACCH. Mi amo, señor capitan; ese es mi amo.

CAPIZ. Y es hija de tu amo una niña muy bella, que acompaña siempre á tu ama?

GRACCH. Entendámonos: Laura es, á no dudarlo, hija de la señora Gabriela de Espinelo.

CAPIZ. Es hija por lo tanto del señor Benvenuto Fortunato?

GRACCH. Eso es distinto.

CAPIZ. Era viuda esa señora cuando se casó?

GRACCH. *(Con malicia.)* Acaso... yo no me mezclo... Pero como en Nápoles hay guarnicion de españoles...

LEYDEN. *(A Mendoza y Pimentel.)* Ya lo oyen vuesas mercedes.

LOS DOS. Calumnias!

GRACCH. No: quiero decir, señores, que los soldados de Castilla tienen fama de muy galanteadores, y pudo muy bien mi señora conocer á algun alférez ó capitan... y prendarse de su bizarría... y... cuidado, señores, que yo no soy el que digo esto; que puede muy bien ser incierto.

CAPIZ. Bien, Gracchione, perfectamente: ya hablaremos de ello; y creo que tu amo no tendrá inconveniente en hacer conocimiento con estos señores... y conmigo: todos somos capitanes...

GRACCH. Y mi señor se mueve por los hombres de espada.

CAPIZ. Tu amo será un valiente, segun eso?

GRACCH. Valiente?... Si señor... y si no lo es, al menos así se lo imagina.

CAPIZ. Magnífico!

ESCENA IV.

Los mismos.—MARGARITA *con manteles y viandas.*

LEYDEN. Gracias á Dios!

MEND. Teneis apetito, capitan Leyden?

LEYDEN. Algo y aun algos, capitan Mendoza: es menester tomar fuerzas para entrar en campaña.

MEND. Verdad es; el campo está ya junto: dentro de tres dias su excelencia el Duque de Parma debe tomar muestra á todo el ejército. Mi tercio se halla ya reunido.

CAPIZ. Y el vuestro, Pimentel?

PIMENT. En el tercio viejo falta solo el capitan Pacheco, que viene de Lombardía y debe llegar de un momento á otro. Pero sentémonos, señores, si os parece.

TODOS. Sentémonos. (*Gracchione hace ademan de salir.*)

CAPIZ. No te marches, buen mozo, no te marches; comerás con nosotros.

GRACCH. Mis ocupaciones...

CAPIZ. Silencio y al avío. (*Se sientan todos.*) Y á propósito del capitan Pacheco: le conoceis personalmente, señor de Pimentel?

PIMENT. Tengo entendido que es todo un caballero y de un valor á toda prueba.

CAPIZ. Nada mas que eso?

MEND. Os parece poco?

CAPIZ. Es que, segun las noticias que yo tengo, empezó por valiente y ha concluido por temerario.

LEYDEN. Tanto peor para los soldados del de Orange... Señora Margarita, teneis unas manos primorosas.

MARG. Me alegro: con eso no os olvidareis de mi hostería.

LEYDEN. (*Sin dejar de comer.*) Aunque viva cien años.

CAPIZ. Antes de dejar mi país, corrian ya por toda Italia las proezas del sugeto en cuestion; es un perdona-vidas.

MEND. La fama y el miedo contribuyen á desfigurar los hechos; son vidrios que aumentan mucho.

CAPIZ. Se cuentan sus duelos por docenas, Mendoza, y aun hecha la competente rebaja, aun quedan á su favor sobrados homicidios.

GRACCH. Afortunadamente esos lances pasarán siempre entre él y sus compañeros de armas?

CAPIZ. Cierto: no llegan á diez los hombres de pluma que ha despachado.

GRACCH. Madona mia!

LEYDEN. Os parecen pocos? *(Riéndose.)*

GRACCH. Hombres como ese caballero, son una calamidad.

CAPIZ. Dices bien, mancebo; y en cuanto se presente, no faltará quien se encargue de cortarle las alas.

PACH. *(Desde su asiento.)* Sois vos, capitan, el que se encarga de cortárselas? *(Todos se levantan.)*

CAPIZ. Yo, ó cualquiera.

GRACCH. *(Colocándose detrás de todos.)* Esto no va conmigo.

PACH. Vos primero, y si no lo lograis, el que ocupe vuestro sitio.

CAPIZ. Segun eso, sois vos el capitan Pacheco?

PACH. El mismo, para servir á vuesamerced, fáltenme ó no me falten las alas.

CAPIZ. Esa cuestion queda aplazada para mañana á las seis.

PACH. *(Apretándole la mano.)* Para mañana á las seis. *(A Margarita que entra.)* Señora Margarita, es preciso que estos caballeros y yo hagamos conocimiento con los vasos en la mano. Dadnos de beber.

MARG. Al momento, señor capitan.

PACH. Ahora, si gustais, tomaré asiento á vuestro lado.

TODOS. Con muchísimo gusto. *(Se sientan todos menos Gracchione.)*

PACH. Y vos, hidalgo, no os sentais?

GRACCH. Yo... señor capitan... si vuesa merced me dá licencia...

PACH. Qué es lo que le ha dado? Estais atacado de perlesía? Teneis miedo? Por las cuerdas de cien

mosquetes! Sosegaos; vos no llevais espada al cinto, y nada tengo que ver con vos. A vuestra salud, capitan Capizzuca. (*Chocando su vaso con el de Capizzuca.*)

CAPIZ. A la vuestra, capitan Pacheco.

PACH. Escuso deciros, que si sobrevivimos al lance de mañana, cuento con vuestra amistad.

CAPIZ. Yo me honraré con la vuestra.

MEND. Veo que las noticias que de vuesa merced teniamos, no habian sido exageradas; y me complazco en estrechar la mano de un valiente.

PIMENT. Y yo.

LEYDEN. Y yo.—Me gustan mucho los hombres que saben servirse de una espada y de una botella.

MEND. Os ofrecemos nuestra amistad.

PACH. Y yo la acepto, caballeros; pero quisiera antes rectificar vuestra opinion. En la de todos paso por un perdona-vidas, y sabe Dios que nunca he desenvainado mi espada, sin un motivo muy poderoso.

GRACCH. (*Con timidez.*) Pero la habeis desenvainado muchas veces?

PACH. (*Llenando los vasos de todos.*) Algunas, hidalgo, algunas. Por el triunfo de nuestras armas.

TODOS. Por su triunfo.

PACH. Ahora, caballeros, dignaos ponerme al corriente de las nuevas que corren por la ciudad.

MEND. Hace dos dias que hemos llegado á Bruselas.

PACH. Pero la murmuracion mancha como el aceite, y se estiende...

CAPIZ. Veis aquella casa de enfrente? Pues en ella vive un proveedor.

MEND. Y el proveedor tiene una doncella morena, que haria volar con sus ojos un almacen de pólvora.

PIMENT. Y una mujer rubia, con unos ojos azules, tan serenos como el cielo, y mas encantadores que el alba.

GRACCH. (*Haciéndoles señas para que callen.*) Caballeros...

PACH. (*Viéndole.*) Ah! Sois vos quien ha dicho?...

GRACCH. Yo!

CAPIZ. Es un escelente muchacho, que sirve al proveedor, y puede servirnos tambien; á pesar de

que, segun tengo entendido, hay ya un galan, que viene todas las noches á rondar sus rejas.

PACH. Me intereso por el proveedor; *(Risa de todos.)* y en prueba de ello, voy á tomarle bajo mi proteccion. Ya lo ven vuesas mercedes, la moral... la moral está agraviada: *(Risas.)* y es forzoso que yo me haga con las orejas del atrevido.

GRACCH. Pero, capitan...

PACH. Nada, necesito sus orejas. Y á qué hora, capitan, acostumbra á presentarse en campaña?

CAPIZ. A cosa de las nueve.

PACH. Pues bien, dentro de media hora, os cito aqui mismo para que seais testigos de la ejecucion.

GRACCH. (Qué atrocidad, Dios mio, qué atrocidad!)

TODOS. No faltaremos.

PACH. Os espero.

TODOS. Dentro de media hora. *(Al marcharse aparece don Lope.)*

MEND. Ah! El maestre del tercio viejo.

PACH. (Dios mio!) *(Movimiento del capitan.)*

ESCENA V.

Los mismos.—DON LOPE.—*Todos los oficiales se quitan el sombrero á don Lope y le hacen paso.*

LOPE. Gracias, señores, gracias: Dios os guarde. Parece que marchais en retirada.

LEYDEN. Hasta dentro de media hora.

LOPE. Está bien, señores, no os detengais; id en buenhora.

PIMENT. Si vueseñoría nos dá su permiso...

LOPE. *(Todos saludan y se disponen á partir.)* Si, si, marchad. Quedaos, capitan Pacheco.

MEND. *(Al salir.)* (Muy ceñudo está el maestre.)

PIMENT. *(Lo mismo.)* (No las tiene todas consigo el capitan.)

ESCENA VI.

DON LOPE.—PACHECO.

LOPE. *(Cruzándose de brazos.)* Ya estamos solos, capitan.

PACH. En otro tiempo me llamábais hijo vuestro.

LOPE. En otro tiempo es cierto... pero ahora...

PACH. *(Con timidez.)* Ahora...

LOPE. Ahora no soy yo vuestro padre, soy vuestro cabo, y os arrancaré la banda que no mereceis, os separaré de vuestras banderas, os entregaré al preboste.

PACH. Señor...

LOPE. Al morir vuestro padre como un héroe en la jornada de Pavía, me hizo jurar que le sustituiria en su cariño y en sus derechos.

PACH. Verdad es, señor.

LOPE. Yo, pobre soldado de fortuna, os llamé al lado mio, me encargué de vuestra educacion y os enseñé á manejar la espada.

PACH. Es cierto, pero...

LOPE. No interrumpais á vuestro maestre. La espada que llevais al cinto, hizo inmortal á vuestro padre; y si yo os la ceñi, fué para que con ella combatiéseis á los enemigos de vuestro Rey y vuestra patria, no para que inmoláseis á sus defensores.

PACH. Hay ocasiones, señor, en que un caballero...

LOPE. Un caballero no debe rehusar nunca un lance de honra; pero tampoco buscarle. El que se defiende de un enemigo, es honrado; el que provoca á sus compañeros, es un insensato ó un cobarde.

PACH. Señor...

LOPE. Sellad los labios: vais á insultarme y á perderos.

PACH. Yo insultaros, padre mio?

LOPE. Os volveré á llamar mi hijo, cuando os hagais acreedor á ello; cuando cambieis de conducta.

PACH. Me estais tratando como á un niño, señor!

LOPE. Si os tratase como á un hombre, ya os he dicho lo que hubiese hecho.

PACH. *(Cubriéndose el rostro con las manos.)* Dios mio! Dios mio!

LOPE. (Basta: no quiero exasperarle.) Alza esa frente, Juan, y mira á tu padre.

PACH. *(Abrazándole.)* Padre!

LOPE. Cállate y óyeme. Sé que eres un hombre honrado; te he visto combatir y defender mi bandera, cuando tenia yo el cargo que ahora tienes; sabes quién fué tu padre, sabes quién soy, á mi lado fuiste valiente, no inquieto; te he llamado para que continues siendo lo que fuiste: prometes serlo?

PACH. Lo juro, padre mio, lo juro.

LOPE. Júrame que en adelante evitarás los duelos...

PACH. Pero si fuese provocado...

LOPE. Si te provocan... tu padre te servirá de testigo.

PACH. Gracias, padre mio, gracias: juro obedeceros en cuanto me mandeis.

LOPE. Ya no te mando, te ruego que des oidos á mis consejos, y que no defraudes mis esperanzas.

PACH. Vuestras esperanzas!

LOPE. Sí, mis esperanzas: eres mi hijo adoptivo... y mas adelante... en fin, tengo aqui un proyecto..

PACH. Qué proyecto?

LOPE. *(Estrechándole la mano.)* Adios, adios: ya lo sabrás.

PACH. El cielo os premie tanto cariño.

ESCENA VII.

PACHECO *solo.*

Tiene razon mi padre en cuanto me ha dicho: provocar á un hombre sin motivo, hacer correr su sangre por acreditarse de valiente, emplear la espada de un hombre honrado, no en defender su patria, sino en inmolar á sus defensores, es una insensatez, una locura. La promesa que hice á don Lope es muy justa... y la cumpliré; si; verdad es que tambien habia prometido es-

carmentar al galan de la mujer del proveedor, y que he dado cita á cuatro hombres que ponen en duda mi valor... Y qué importa! La cumpliré. Sí, sí; aunque tenga que batirme con todos ellos. Pero este seria otro nuevo duelo, y yo he jurado... Dios mio! Dios mio! (*Se dirige apresuradamente á la ventana.*) Ya deben ser las nueve, y el embozado no parece.—Gracias, señor, gracias!—Ni el galan, ni mis compañeros... Si no viniese el galan! Si mis compañeros faltasen! Solo de este modo podria cumplir con ellos, conmigo, con mi padre... Qué siglo es un momento de incertidumbre!

ESCENA VIII.

PACHECO.—MENDOZA.—PIMENTEL.—CAPIZZUCA.—LEYDEN. GRACCHIONE.

TODOS. Felices noches, capitan.

PACH. Bien venidos, señores.

CAPIZ. Ha parecido el galan duendo?

PACH. No creo que se presente esta noche.

MEND. Por qué razon?

PACH. Porque ha pasado ya la hora... y es posible que alguna ocupacion le impida venir.

GRAH. (*Desde la ventana.*) Lo sentiria; porque yo ya contaba con el placer de tener unas orejas en mi mano, y veo que tendré que renunciar á mi capricho.

LEYDEN. Teneis mas que subir la mano hácia las vuestras. Por fortuna son bastante grandes y la satisfaccion será completa.

GRACCH. *(En tono de mofa.)* Esa satisfaccion puedo tenerla á todas horas, pero la otra...

PACH. *(Mirando á la ventana.)* La otra... creo que por esta noche no la tendreis; el embozado no viene...

CAPIZ. *(A Mendoza.)* Paréceme que el leon no se muestra tan fiero.

MEND. *(A Capizzuca.)* Estará con la calentura.

PIMENT. *(Con intencion.)* Con vuestro permiso nos retiramos.

PACH. Me parece lo mas acertado.

CAPIZ. *(Con intencion.)* Aun no es tarde, y por un cuarto de hora mas ó menos...

PACH. Parece, capitan, que dudais de mi resolucion?

CAPIZ. Yo! Dios me libre!

GRACCH. *(Dejando la ventana.)* Señores, señores, ya está ahi el hombre.

PACH. (Gran Dios!)

GRACCH. Ya tenemos orejas!

PACH. *(A Gracchione con ira.)* Las vuestras os arrancaria yo.

GRACCH. (*Atemorizado.*) Señor capitan...

CAPIZ. Pero qué es lo que pasa? Qué arrebato es ese?

PACH. Basta, señores: voy á traeros las orejas del embozado, y en seguida vendré á pediros cuenta de vuestras dudas. *(Vase precipitadamente.)*

ESCENA IX.

Dichos, menos PACHECO.

PIMENT. El capitan Pacheco ha perdido el juicio.

CAPIZ. Sus baladronadas de antes y sus vacilaciones de ahora... No sé qué pensar de esto.

GRACCH. El peligro visto de cerca...

MEND. Callad, señor Gracchione, el peligro visto de cerca, ó á cien leguas, haria vacilar á un gallina como vos! pero no á un capitan del tercio viejo.

GRACCH. Yo no he dicho...

LEYDEN. Echad vuestras orejas en remojo, porque temo que esta noche os quedareis sin ellas.

GRACCH. Pero, señores, creen vuesas mercedes...

CAPIZ. Todo es muy posible. Vamos ahora á la ventana, y presenciaremos la escaramuza.

PIMENT. *(A Mendoza.)* Acaso don Lope haya afeado á Pacheco sus temeridades, y por eso...

MEND. Esa, Pimentel, esa y no otra debe haber sido la causa de su irresolucion. (*Todos se aproximan á la ventana.)*

CAPIZ. Ya está frente á frente del embozado.
GRACCH. Y se tercia la capa! Y acciona!
PIMENT. El desconocido quiere pasar adelante.
MEND. El capitan se opone.
LEYDEN. El embozado ha metido mano á la espada.
CAPIZ. El capitan empuña la suya.
GRACCH. (La broma comienza á hacerse pesada.)
CAPIZ. El desconocido arremete con brio.
MEND. Pacheco se defiende con maestría.
CAPIZ. Sí, pero vacila y retrocede; debe de estar herido.
GRACCH. Herido! Cuánto me alegro!
PIMENT. El capitan arremete de nuevo.
CAPIZ. El embozado sabe manejar la espada. Ay! ya ha caido.
GRACCH. Quién, el capitan?
MEND. No, el desconocido. (*Momentos de terror: todos guardan silencio.*)

ESCENA X.

Dichos.—PACHECO.

PACH. (*A la ventana.*) Socorro, socorro, compañeros.
TODOS. Es preciso dársele.
PACH. Ayudadme á salvar á ese hombre.
MEND. Quedaos: Pimentel y yo le trasladaremos; preparad lienzos y vendas para curar su herida. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

Dichos, menos MENDOZA *y* PIMENTEL.

LEYDEN. Margarita, señora Margarita.
MARG. (*Dentro.*) Qué ocurre?
CAPIZ. Hilas, vendas, lienzos; corred, por el amor de Dios.
GRACCH. (Lástima que sean para él y no para el otro!)

ESCENA XII.

Dichos.—MARGARITA *por un lado.*—MENDOZA.—PIMENTEL.—PACHECO *conduciendo á don Lope.*

CAPIZ. Aquí, aquí, señores; depositadle sobre ese banco.

MEND. Es preciso buscar á un cirujano.

PACH. Yo iré, yo iré.

LEYDEN. Aguardad, algo se me alcanza de cirujía; veamos las heridas. *(Descubre el rostro del herido que permanecia oculto en el embozo.)* El maestre del tercio viejo!

PACH. Mi padre!

MEND. No os acerqueis, capitan.

LEYDEN. *(Examinándole.)* Su rostro está contraido!

PACH. Dejadme llegar. *(Mendoza y Pimentel se oponen.)*

MARG. Su mano helada!

PACH. Dejadme, dejadme. Padre mio! Padre mio!

CAPIZ. Infeliz!... vuestro padre ha muerto.

PACH *(Cubriéndose los ojos con la mano.)* Ha muerto! *(Todos rodean á Pacheco: breve momento de pausa.)* Ha muerto! Ha muerto! Y su hijo ha sido su asesino! Su hijo y vosotros.

CAPIZ. Es cierto, capitan: nosotros le hemos asesinado.

PACH. Aquí mismo, no hace una hora, le habia jurado no volverme á empeñar en ningun duelo.

PIMENT. Y nosotros os hicimos faltar á vuestra promesa.

PACH. Vosotros! no, no habeis sido vosotros: todo lo ha hecho mi desventura.—Si supiéseis cuán bueno era! Cuánto le debia! Una vez sola le he desobedecido, y esta desobediencia... esta desobediencia tendrá su espiacion. Ya no soy soldado... *(Arrancándose la banda y haciéndola añicos.)* mi mano no volverá en adelante á tocar una espada, ni aun para defender mi honra ultrajada.

MEND. Pacheco, Pacheco, qué estais diciendo?

PACH. Ratifico la palabra que acabo de empeñar, y juro cumplirla ante el cadáver de mi padre.

CAPIZ. Pero reflexionad...

PACH. Nada. (*Desásese de sus compañeros y corre á besar la mano de su padre.*) Adios, padre mio. adios para siempre. (*A sus compañeros que quieren detenerle.*) Paso, señores, paso.

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala elegante adornada con muebles de la época, dos puertas laterales y otra al fondo. Una mesa y al lado de esta un sillon donde está sentado Benvenuto.

ESCENA PRIMERA.

BENVENUTO.—BEATRIZ.

BENVEN. Te cansas en valde, Beatriz; soy inflexible en mis proyectos, nunca me he vuelto atrás, ni ante las lanzas de mis enemigos. Qué quieres? Son hábitos militares de que no me puedo desprender jamás.

BEATRIZ. Pero, permitidme que os diga que si amais á Laura...

BENVEN. Y quién duda de mi cariño hácia ella?

BEATRIZ. Nadie, señor: pero como os oponeis á que dé su mano á don Juan...

BENVEN. A un pintor!

BEATRIZ. Y qué es vuestro protegido?

BENVEN. Un hombre que puede hacer la felicidad de Laura. Gracchione es un mancebo que estaba en Flandes á mi servicio; despues se separó de mí y ha hecho fortuna: hoy cuenta ya con algunos miles de ducados.

BEATRIZ. Y qué, no es bastante crecido el dote que la habeis señalado?

BENVEN. Con todo, no estará demas...

BEATRIZ. Si fuese un valiente soldado como vos, comprendo que entre él y un pintor, os decidiéseis por él; pero...

BENVEN. Pues á pesar de todas estas desventajas, es

muy probable que Gracchione, mi protejido, sea el marido de Laura. Hace un instante he recibido un papel en el que me avisa que acaba de llegar á Madrid y que dentro de media hora vendria á verme. Ya tú puedes comprender el motivo de esta entrevista. Mil arcabuces no me harian volver atrás! Ya te he dicho que soy inflexible, lo mismo aquí que en campaña; memoria he dejado yo de mis hechos en Flandes!

BEATRIZ. A propósito de Flandes: tengo que noticiaros que yo tambien he recibido una carta de un antiguo camarada vuestro, de un compañero de armas; en fin, del conde de Harlem.

BENVEN. El conde de Harlem! brabo soldado! En mi tiempo se le conocia por don Lope Megia, cabo del tercio viejo de Flandes; emprendedor como él solo; valiente como ninguno... Oh! juntos corrimos todos los peligros, juntos nos hallamos en Gavelinas, juntos...

BEATRIZ. Vos tambien, señor Benvenuto, os encontrásteis...

BENVEN. Yo tambien, de qué te estrañas?

BEATRIZ. Pero ibais al frente de los tercios?

BENVEN. Iba... iba... iba detrás; pero el caso es que iba, como que era el proveedor de víveres del ejército del duque de Parma. Y qué es lo que dice el conde?

BEATRIZ. Que hoy mismo llegará á Madrid y que viene á hospedarse en vuestra casa.

BENVEN. Bien venido! No sabes, Beatriz, cuánto se me ensancha el pecho al verme frente á frente de un antiguo camarada. Sin duda el Rey don Felipe le habrá llamado á la corte...

BEATRIZ. Motiva su venida otra causa.

BENVEN. Cuál!

BEATRIZ. Ya os acordareis de aquella triste aventura que ocurrió hace nueve años cuando estábamos en Bruselas á la puerta de nuestra casa.

BENVEN. Sí, cuando don Lope cayó al suelo atravesado el pecho de una estocada. Milagrosamente sanó de la herida! Me acuerdo perfectamente... y ademas, don Lope me confiaba todos sus secretos...

BEATRIZ. Desde entonces el conde anda indagando el paradero de aquel pobre jóven, á quien yo no conocia, pero por quien me intereso ya; segun él se esplica, mucho le debia querer.

BENVEN. Era su hijo adoptivo!

BEATRIZ. Cuanto ha hecho hasta ahora para hallarle, ha sido inútil: solo abriga la esperanza de que en la corte le informe alguno de la suerte del capitan Pacheco.

BENVEN. Ese era su nombre. El capitan Pacheco! Era el capitan mas valiente que habia en Italia: temerario como él solo, no pasaba un dia sin que provocase un duelo y anduviese á cintarazos.

ESCENA II.

Dichos.—LAURA *que entra por la puerta de la derecha.*

BENVEN. Laura, hija mia, *(Al verla.)* ven á mi lado. Todavia sigues triste? Qué causa motiva esa melancolía que advierto en tí?

LAURA. Ninguna, padre mio.

BEATRIZ. Cómo quereis que esté alegre cuando vos sois la causa?

BENVEN. Por quien soy que ya me vais impacientando!

BEATRIZ. *(A Laura.)* Pero no tengas recelo, querida Laura: hoy mismo llega el conde á Madrid y ya sabeis que os proteje...

LAURA. Es cierto que hoy llega, Beatriz?

BENVEN. El conde! el conde! Y acaso puede él disponer de mi hija!

BEATRIZ. *(Con ironía.)* Vuestra hija!

BENVEN. *(Enojado.)* Señora Beatriz! Ni el conde, ni cien sacres me intimidan.

LAURA. *(A Beatriz.)* Déjanos solos, que yo le hablaré.

BEATRIZ. *(A él.)* En fin, no quiero impacientaros mas.

BENVEN. *(Al ver que se marcha.)* Pláceme que os marcheis, porque no tengo humor de oir insolencias.

ESCENA III.

LAURA.—BENVENUTO.

BENVEN. Si no respetara...

LAURA. No os inquieteis, padre mio!

BENVEN. Ya sé que tú eres buena, y sé que me quieres.

LAURA. Podeis dudarlo?

BENVEN. Eres obediente y no querrás contrariar los deseos de tu padre. Quién ha de procurar tu dicha como yo, hija mia! Es preciso que olvides á ese don Juan: es preciso que no escuches los consejos de Beatriz.

LAURA. Es que á Beatriz, como á mí, no le agrada que yo sea la esposa del señor Gracchione.

BENVEN. Y por qué no os agrada? Por vida de mil mosquetes, que no sé cómo tengo paciencia para oirlo! Pero conozco bien á Beatriz y sé que ella es la causa de todo, en vida de tu madre era lo mismo.

LAURA. *(Con tristeza.)* De mi pobre madre!

BENVEN. Ella fomentaba nuestras leves disputas: ella alteraba la tranquilidad de la casa; ella... en fin, yo me entiendo. Por quien soy que no ha de hacer hoy contigo lo mismo! Quiero que Gracchione sea tu esposo y lo será.

LAURA. Padre, en todo estoy pronta á obedeceros.

BENVEN. Asi lo espero.

LAURA. Y á pesar de todo...

BENVEN. Qué?

LAURA. No os inquieteis, os lo ruego.

BENVEN. No me inquieto; pero, por vida mia!

LAURA. Siempre he encontrado vuestro apoyo en todo, siempre.

BENVEN. Acaba. *(Laura se sienta á sus piés y le toma la mano cariñosamente.)*

LAURA. Qué quereis? Voy á confesároslo todo. Yo cifro mi orgullo en ser hija de un valiente soldado.

BENVEN. *(Con aire de satisfaccion.)* Eso sí, hija mia, puedes envanecerte, puedes llevar tu frente erguida por todas partes. Pero, no alcanzo qué relacion tengan mis hechos de armas con...

LAURA. El señor Gracchione no tiene tan buen nombre como vos...

BENVEN. Puede no tener tan buen nombre, y sin embargo...

LAURA. Padre mio!

BENVEN. Qué quiere decir ese padre mio! Vamos, esplícate.

LAURA. Ya que os empeñais, os lo diré: pero os ruego que no os enojeis conmigo. No se puede pronunciar el nombre de vuestro protejido, Gracchione, sin que asome una risa burlona á los lábios de todos los que ciñen espada.

BENVEN. Gracchione tambien la ciñe.

LAURA. Sí, pero todavia no la ha desenvainado.

BENVEN. No habrá tenido ocasion.

LAURA. Sí, Gracchione ha sido insultado varias veces, y la espada que pende de su cinto, no ha vengagado la ofensa: ha sido ultrajado y ha corrido. Esto no me lo podreis negar; vos mismo me habeis relatado los lances de honra que Gracchione ha eludido; vos mismo le habeis abochornado por su cobardía. Y quereis, que yo, la hija de un valiente soldado, dé su mano á quien es la befa y el ludibrio de cuantos le conocen!... No: vos no querreis que manche vuestra fama tan negro borron!

BENVEN. *(Despues de una breve pausa en que ha quedado pensativo.)* Sí, hija mia; tienes razon: esto ataca á mi honra.

LAURA. De don Juan nadie se rie al oir su nombre.

BENVEN. Don Juan ciñe tambien espada y no se sabe que todavia la haya desenvainado!

LAURA. *(Ofendida.)* Pero tampoco se sabe que haya sido ultrajado y haya huido! Y no sé cómo podeis abrigar tan cruel sospecha conociéndole. Hay un... no sé qué en sus ojos, que abaten al mas osado, y hay en su corazon mucha nobleza, y no hay nobleza sin honra.

BENVEN. *(Que sigue preocupado.)* Por vida mia! que me ha dado en que pensar! El tal Gracchione ha tenido la osadía de escribirme una carta pidiéndome tu mano!

LAURA. Pero vos...

BENVEN. Y avisándome que hoy vendria á tratar conmigo...

LAURA. Pero vos no le recibireis!

BENVEN. (*Con cólera y dando un fuerte golpe á la mesa.*) Le recibiré con dos mil legiones de á caballo! Yo sé cómo le he de recibir. (*Se levanta.*) Memoria le ha de quedar al señor Gracchione, de Benvenuto Fortunato!

LAURA. No os inquieteis!

BENVEN. Por dicha mia, llega en buena ocasion mi antiguo camarada el conde de Harlem: él podrá ayudarme en este lance.

LAURA. (*Con satisfaccion.*) Conque estais resuelto...?

BENVEN. A todo. Ahora lo que quiero es hacer al conde un recibimiento digno de él. El Rey premió su valor con un título; y yo á mi vez quiero festejarle como se merece. Para mí, el valor antes que todo; por eso quiero arrojar de mi casa á ese cobarde de Gracchione.

LAURA. Qué bueno sois!

BENVEN. Ahora voy á dar las órdenes para que todo esté dispuesto á la llegada del conde. (*Váse.*)

ESCENA IV.

LAURA.

Oh! bien sabia yo que mi padre cesaria en su empeño. Ya no volveré á oir hablar mas de Gracchione: nombre fatal, que ha turbado mil veces mis sueños de ventura! Ansiosa estoy de ver á don Juan, para darle tan feliz nueva.

ESCENA V.

LAURA.—BEATRIZ, *que entra por el foro.*

BEATRIZ. Señora Laura! Señora Laura!

LAURA. Qué hay, Beatriz?

BEATRIZ. Tengo que daros una buena nueva.

LAURA. Y yo os tengo que dar otra. Has de saber que

mi padre desiste ya de que dé mi mano al señor Gracchione.

BEATRIZ. Qué me contais?

LAURA. Le he dicho que la hija de Benvenuto Fortunato, de un valiente soldado como él, ya sabes que mi padre cifra todo su orgullo en esto, no podia dar su mano, sin mancillar su honra, á un cobarde como el señor Gracchione.

BEATRIZ. Pues, le habeis atacado por el flaco.

LAURA. Aun hay mas: quiere arrojarle de casa y provocarle á un duelo.

BEATRIZ. *(Con asombro.)* El señor Benvenuto andar á estocadas! Seria la primera vez... Pero ya lo comprendo: como sabe que el otro es un gallina...

LAURA. Beatriz, te ruego que no ofendas á mi padre.

BEATRIZ. Sí, teneis razon; vale mas callar.

LAURA. Cuál es la nueva que tenias que darme?

BEATRIZ. Ya se me olvidaba. Esta carta *(Dándosela.)* que acabo de recibir para vos, y como ví que la letra era de don Juan...

LAURA. El escribirme, cuando puede penetrar en la casa? no sé qué presentimiento...

BEATRIZ. Leedla y saldreis de dudas.

LAURA. Qué podrá ser, Dios mio! *(Despues de leerla.)* Me pide una cita porque quiere hablarme á solas.

BEATRIZ. Hasta ahora...

LAURA. *(Triste.)* Quiere revelarme un secreto! *(Recorriendo con la vista la carta.)* Un gran secreto! Será el que motiva su tristeza! Oh! anhelo verle: yo no puedo negarme á lo que solicita, Beatriz.

BEATRIZ. Y quereis que yo os ayude? Pues dejadlo á mi cuidado.

LAURA. *(Mirando la carta.)* Pobre don Juan! Su carta es triste como sus ojos, grave como su palabra!

ESCENA VI.

Dichas.—GRACCHIONE, *que entra por el foro.*

GRACCH. Guárdeos el cielo, señora Laura. Para serviros, señora Beatriz.

LAURA. Señor Gracchione...

GRACCH. Hace un instante que he llegado á la córte, y mi primer cuidado ha sido venir á ver á la hermosa Laura y al antiguo amo el señor Benvenuto.

BEATRIZ. Decís que venís á ver al señor Benvenuto?

LAURA. El tambien os esperaba.

BEATRIZ. Perdonad entonces que os dejemos. Vamos á avisarle de vuestra llegada. Quedad con Dios, señor Gracchione.

GRACCH. El guarde á las dos. (*Vanse las dos por la derecha.*)

ESCENA VII.

GRACCHIONE *solo.*

Laura sabia que yo iba á venir!... Su padre sin duda la ha declarado mi pretension. Oh señor don Juan, vos no contais con el consentimiento y apoyo del padre como yo.—Es cierto que cuenta con el amor de Laura; pero yo haré que el señor Benvenuto prohiba la entrada en su aposento al antiguo capitan Pacheco. No es cosa de perder trescientos mil ducados. Caro os ha de salir, señor don Juan, el susto que me hicisteis pasar hace nueve años en Bruselas en la hosteria de Margarita. Oh! si se presenta ocasion...

ESCENA VIII.

GRACCHIONE.—BENVENUTO *por la derecha con espada ceñida.*

GRACCH. Oh señor Benvenuto!

BENVEN. *(Grave.)* Sellad los labios, señor Gracchione: el asunto es sério, y no tengo humor para oir vuestras cortesanias.

GRACCH. Perdonad si digo que no comprendo...

BENVEN. Ya me comprendereis. *(Se dirige á la puerta y cierra.)*

GRACCH. Cerrais las puertas!

BENVEN. (Ya teme!) No receleis ninguna villania: para llevar á cabo mi proyecto, no necesitamos mas que á Dios por testigo. Creo que ahora me comprendereis.

GRACCH. Tampoco, señor Benvenuto. Solo veo que me recibis como no me esperaba.

BENVEN. Os recibo como mereceis.

GRACCH. Y podré saber la causa?

BENVEN. Por vida mia, que me place la pregunta! Creeis que vuestra carta no es causa suficiente para motivar mi enojo? Vuestra carta es una ofensa hecha á mi honra.

GRACCH. Una ofensa!

BENVEN. Creeis que no es injuria el que un hombre como vos, cuyo honor está mancillado: un hombre que ha eludido cuantos lances le han propuesto, pretenda unirse á la hija de un antiguo soldado que cifra todo su orgullo en sus hechos de armas? (Si el conde de Harlem me oyese, diria que era un valiente como él.)

GRACCH. *(Con intencion.)* Vuestros hechos de armas los conozco tan bien como vos; no os habreis olvidado de que os acompañaba á todas partes cuando estaba á vuestro servicio.

BENVEN. Ya entonces se os conocia por un...

GRACCH. Concluid, os lo suplico.

BENVEN. Por un... cobarde. (No se altera; puedo ensañarme sin temor con él.)

GRACCH. (Puedo contestarle; es mas cobarde que yo.) Es decir que vos dais fé á lo que todo el mundo dice de mí; y al mismo tiempo me insultais de palabra?

BENVEN. Y en ello me ratifico.

GRACCH. Y os ratificais? Entonces yo puedo deciros: Señor Benvenuto Fortunato, me habeis llamado cobarde, y os quiero probar que mentís.

BENVEN. *(Con sorpresa.)* Qué decís? (Si se habrá vuelto valiente?)

GRACCH. Sí, me habeis insultado, y os desafio.

BENVEN. (Qué diablo! no habia previsto yo este caso.)

GRACCH. Vos habeis dicho que aquí estábamos solos, sin mas testigos que Dios; ceñís una espada y yo otra, conque... *(Va á echar mano á la espada, Benvenuto le detiene la mano.)*

BENVEN. Teneos, Gracchione, y oidme. Semejante paso seria una prueba de vuestro valor para mi tan solo, y yo creo ya en vuestro valor; pero bastaria á hacer callar las lenguas de los que de vos murmuran, el que yo les dijese: sabed que el señor Gracchione de quien os burlais, es un bizarro mancebo capaz de andar á cintarazos con todo el ejército de Flandes? No, para volver por vuestra honra era preciso que delante de los mismos que os infaman probárais vuestra valentia.

GRACCH. Con que vos pretendeis que yo...

BENVEN. Solo asi podré daros la mano de mi hija. (No estará demas abrir las puertas.) *(Las abre.)*

GRACCH. *(Despues de un momento en que ha quedado pensativo.)* Solo así?

BENVEN. Lo que habeis oido: yo no me vuelvo atras nunca, y os fijo el plazo de un dia para que hagais vuestras pruebas.

GRACCH. Corto en verdad es el plazo. (No se encuentran Benvenutos Fortunatos á cada paso.)

BÉNVEN. (Creo haber dejado mi honor bien puesto.) Ahora perdonad que me ausente de vos. Espero la llegada del general conde de Harlem que viene á hospedarse aquí.

GRACCH. *(Con interes.)* Decís que el conde de Harlem llega hoy á Madrid?

BENVEN. Sí, hoy llega á estrechar en sus brazos á este antiguo camarada suyo en el ejército de Italia y de Flandes. Con Dios quedad. No lo olvideis, el plazo es de un dia. Que el cielo os saque con bien de esta empresa.

ESCENA IX.

GRACCHIONE.

La mano de Laura... es decir, su dote será mio, si en el plazo fijado pruebo mi valor delante de los mismos que me infaman. A gran precio me la cedeis! Recordará todavía don Juan el juramento que hizo aquella noche ante don Lope, á quien creyó muerto, ó le habrá olvidado! El ignora que el cabo don Lope Megía es hoy el conde de Harlem. Pero el conde llega hoy á Madrid: si don Juan le vé, revocará su juramento:—no, tal vez retarde su llegada. Si sigue constante en su palabra, puedo provocarle impunemente, puedo hacerle odioso á los ojos de Laura... Es urgente que yo averigüe... si la ira en un caso dado es mas fuerte que su resolucion. Sí, sí, volemos en su busca: tal vez esté rondando los balcones de la casa. Dios me le depare! *(Vase por el foro.)*

ESCENA X.

BEATRIZ.—PACHECO, *por la puerta izquierda.*

BEATRIZ. No hay nadie; podeis entrar, señor don Juan. Aguardad un instante, mientras yo aviso á Laura. *(Vase por la derecha.)*

PACH. Gracias, Beatriz, gracias. Dulce morada donde mi amor vive: tal vez no te vuelva á ver. Laura, mi dulce bien, cómo has de amar al hombre que osó teñir su espada en la sangre de su padre! (*Salen Laura y Beatriz.*)

BEATRIZ. Yo entretendré á vuestro padre mientras hablais.

ESCENA XI.

LAURA.—PACHECO.

LAURA. (*Llegándose á don Juan, que está pensativo sin verla.*) En qué estábais pensando en este momento?

PACH. Puedo yo pensar sino en vos, señora?

LAURA. Lo creo, don Juan, lo creo; pero vuestra mirada es triste, vuestra voz tiembla: qué teneis?

PACH. Si mi voz tiembla, Laura, es porque me hallo en vuestra presencia: si estaba triste en vuestra ausencia, ya no lo estoy, porque vos, Laura, sois el iris de mis dichas.

LAURA. Y á pesar de todo, don Juan, he temido que llegase este momento, porque he visto levantarse sobre nuestras cabezas una nube que amagaba arrebatar nuestras esperanzas; pero tranquilizaos, esa nube se ha deshecho y el peligro ha desaparecido tambien.

PACH. Merced á vos?

LAURA. Merced al iris que como vos decís, aleja siempre las tempestades.

PACH. Algun rival acaso?

LAURA. Decid mas bien un nécio, un compatriota, un antiguo criado de mi padre, que separado de él algunos años, ha hecho fortuna, é insolente con sus ducados se ha atrevido á solicitar mi mano.

PACH. Triste de mí!

LAURA. (*Picada.*) Desconfiais de Laura, don Juan?

PACH. No, jamás: pero desconfio de mi desventura.

LAURA. Como yo os ame, qué temor puede acobardaros?

PACH. Ninguno, Laura, ninguno, señora mia; pero antójaseme que habeis olvidado el motivo de mi venida.

LAURA. Cuando os veo, don Juan, no es posible que piense sino en nuestras dichas.

PACH. En nuestras dichas! Escuchadme, señora.

LAURA. Vais á revelarme el misterio de que hablábais en vuestra carta?

PACH. Voy á referiros una historia que tiemblo recordar, y que no conviene, á pesar de todo, que ignoreis, porque esta historia concluye por un crimen.

LAURA. Pero señor don Juan...

PACH. Fijad vuestros ojos en los mios, recordad mi eterna tristeza, y en mis ojos y en mi frente hallareis contestacion.

LAURA. *(Llorando y alargándole la mano.)* Puedo creer en vuestra desventura, pero nunca en vuestra maldad.

PACH. Gracias, oh, gracias! Hace nueve años, señora, que abandoné mi patria, mis deudos, mis amigos, que en las vírgenes selvas de la América, en el tumulto de sus ciudades, en la inmensidad del Océano, en un movimiento, en una agitacion incesante, busqué el olvido de mi maldad, y ni la América, ni sus colonias, ni las embravecidas olas de los mares pudieron ahogar mi remordimiento.

LAURA. Pero qué habeis hecho, Dios mio!

PACH. Yo no he profesado las artes, Laura: he seguido las armas.

LAURA. Mi corazon lo habia adivinado.

PACH. La pintura, agradable recreo de mi adolescencia, me ha ayudado á sostener la miserable vida á que estoy condenado: si soy un pintor, en dias mas dichosos fuí soldado: al don Juan de hoy no se le conocia entonces por ese nombre.

LAURA. Pero si habeis seguido la milicia conocereis por fuerza al conde de Harlem.

PACH. Jamás he oido pronunciar ese nombre.

LAURA. Pésame, don Juan, que no le conozcais, porque el respeto que le profesa mi padre, pudiera asegurar nuestros deseos.

PACH. Cómo ha de ser! Dejadme concluir.—El soldado de que os hablaba no faltó nunca á los deberes que su honra le imponia, pero si pasaba por valiente entre todos los que ceñian espada, el vulgo le calificó de pendenciero.

LAURA. Y qué? acabad.

PACH. *(Con dolor.)* El vulgo decia la verdad.

LAURA. Y es ese todo vuestro delito?

PACH. Permitid que concluya y plegue á Dios que vuestra indulgencia no se cambie pronto en severidad.

ESCENA XII.

Dichos.—BEATRIZ.

BEATRIZ. Señora, señora, no os detengais: vuestro padre os busca.

LAURA. Pues qué ha sucedido?

BEATRIZ. Que el conde de Harlem acaba de llegar, y lo primero que ha hecho ha sido preguntar por vos.

LAURA. Pero es preciso que don Juan me informe antes...

BEATRIZ. Imposible! vuestro padre y el conde os buscan por todas partes.

LAURA. Ya lo veis; me es imposible detenerme.

PACH. Id con Dios, Laura; pero es preciso que sepais toda mi historia.

LAURA. Sí, sí, cuando gusteis. (*Vanse las dos; don Juan las acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA XIII.

PACHECO.—GRACCHIONE, *que al decir Laura las últimas palabras, ha aparecido por la puerta izquierda.*

GRACCH. (No me han engañado: aquí está.)

PACH. (Mas horas de dudas y agonías!) (*Al ir á marchar Pacheco, Gracchione, á quien aquel no ha visto, se adelanta y le pone una mano en el hombro.*)

GRACCH. Dios os guarde, capitan Pacheco! (*Pacheco retrocede, mirándole con espanto.*) No os inquieteis, capitan: nadie nos oye; podeis fiaros de mí; sé guardar un secreto.

PACH. (*Admirado.*) Pero...

GRACCH. Tratais de recordar quién soy, y es dificil que lo logreis: solo me habeis visto una vez, y por vida mia! que haciais un gran papel en la ocasion en que os vi.

PACH. *(Receloso.)* Quién sois vos?

GRACCH. Calmáos, señor don Juan; os he dicho que sé guardar un secreto.

PACH. Qué secreto?

GRACCH. *(Con intencion.)* Volved á Flandes; y preguntad en Bruselas...

PACH. *(Con interés.)* Os lo han referido?

GRACCH. No, me hallaba en la hosteria de Margarita mirando desde la ventana la...

PACH. Oh! callad, por Dios, callad! Pobre padre mio!

GRACCH. (Ya sabia yo que le juzgaba muerto... Solo me resta saber si recuerda el juramento, si no lo ha olvidado!)

PACH. Y qué pretendeis de mí?

GRACCH. Lo vais á oir: yo soy Cesar Gracchione; amo á Laura, sé que vos sois rival mio...

PACH. Sí, la amo como amaria á mi padre si viviese: vos decis que sois mi rival... *(Con amargura.)* Os comprendo.

GRACCH. Capitan, os conozco bien, sé hasta donde raya vuestro valor; aquella misma noche...

PACH. Señor Gracchione, os ruego...

GRACCH. Oh! recuerdo perfectamente vuestra desesperacion cuando visteis que el muerto era don Lope de Megia.

PACH. *(Con dolor.)* Me estais asesinando!

GRACCH. Mucho debisteis penar.

PACH. Mucho, y mucho estoy penando!

GRACCH. Vuestro desconsuelo os tenia fuera de vos.

PACH. *(Desesperado.)* Estaba loco.

GRACCH. Recuerdo que os llevó hasta hacer un juramento terrible; y mas terrible aun para un bizarro soldado como vos: el de no volver á empuñar vuestra espada.

PACH. Nunca: juramento que he cumplido, y que cumpliré mientras aliente.

GRACCH. Decis que lo seguis cumpliendo? Dispensadme, señor capitan, que os diga que en vuestro genio altivo es dudoso.

PACH. Pues no debeis dudar, señor Gracchione; he sido insultado y he retrocedido; he oido la palabra cobarde resonar en mis oidos, y he llorado de angustia y desesperacion; pero he cumplido mi juramento.

GRACCH. Cruel sacrificio! (Esto es lo que anhelaba saber!)

PACH. *(Abatido.)* Es la justa espiacion! pero si mi pobre padre ve desde el cielo...

GRACCH. *(Con finjido sentimiento.)* Duélome, señor don Juan, de haberos angustiado; veo ahora que no os he debido hablar... Os compadezco: comprendo por mí mismo cuán terrible es soportar ciertos insultos... dadme esa mano. Por vida mia, que tengo orgullo en que seais mi rival. Quiero que el amor de Laura lo disputemos lealmente: si venceis, vuestra será su mano, no me daré por ofendido.

PACH. Gracias, caballero, gracias.

GRACCH. No, vuestro noble corazon es digno de tal proceder; otra cosa seria una villania.

PACH. Contad con mi eterno agradecimiento; jamás olvidaré el noble porte que habeis tenido conmigo. *(Dándole la mano.)* Que el cielo os guarde.

GRACCH. Que él os proteja. *(Vase Pacheco.)*

ESCENA XIV.

GRACCHIONE.—*Despues* BENVENUTO.

GRACCH. Ya he hallado al hombre que buscaba.

BENVEN. *(Que sale por la derecha.)* El general me ha dado sus brazos, los brazos de un valiente!

GRACCH. *(Viéndolo.)* Señor Benvenuto!

BENVEN. Cómo! vos aqui?

GRACCH. Me habeis dicho que seria mia la mano de Laura, si en el plazo fijado volvia por mi honra; pues bien, mañana haré mis pruebas, y tendreis que cumplirme la palabra. *(Vase.)*

ESCENA XV.

BENVENUTO.

No vuelvo de mi asombro! Este Gracchione se ha vuelto valiente! Todos cambian... menos yo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Benvenuto, muebles, espejos y adornos propios de un sarao: varias mesas de juego. Rompimiento en el fondo, dando vista á un salon por donde se ven cruzar los convidados. Puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ.—DON LOPE.

LOPE. Si, Beatriz; vanas han sido cuantas indagaciones he hecho: nadie me ha dado razon de mi hijo. Dios sabe cuál habrá sido su suerte!

BEATRIZ. Mucho le amabais!

LOPE. Mucho! Le tomé bajo mi amparo de niño, creció á mi lado, y llegué á amarle como si fuese mi hijo. Valiente á la par que temerario, era la mejor espada de los tercios españoles, era un mozo todavia, y ya cruzaba su pecho la banda de capitan. Su arrojo ha sido quizás la causa de que no le haya vuelto á ver. Tal vez haya muerto!

BEATRIZ. Quién sabe, señor conde?... Todavia...

LOPE. Todo cuanto he amado ha desaparecido!

BEATRIZ. Perdonad, todo no: aun os queda Laura.

LOPE. Tienes razon, Beatriz, aun me queda mi querida Laura; pero hasta la suerte me veda que pueda darla el dulce nombre de hija. Qué hermosa está! Oh! no puedo contemplar su rostro sin que mis ojos se arrasen en lágrimas, recordando á su madre. Qué buena era! Hace ya

veinte años que la conocí. Te acuerdas, Beatriz, te acuerdas? .Tú eras su mas constante compañera.

BEATRIZ. Hija de un antiguo criado de la casa, nací casi al mismo tiempo que ella; á su lado me crié, á su lado viví y á su lado estuve tambien cuando murió.

LOPE. Pobre Gabriela! Nunca hubiera yo pisado el suelo de Italia, ella hubiera sido mas feliz y yo tambien... Mis deberes mi hicieron partir allí; yo era un soldado rudo, sin mas sueño que los combates, sin mas ambicion que una banda con que adornar mi pecho. Embriagado con el ardor de la guerra no conocia aún ese volcan que abrasa el corazon en nuestra juventud, no sabia lo que era amar. Una tarde, era en Nápoles, acababa de separarme de varios camaradas, arcabuceros como yo, cuando al cruzar una de las calles de la ciudad, se fijaron mis ojos en el rostro de una hermosa dama; no sé qué fuerza irresistible me hizo retroceder de mi camino y seguir sus huellas, la acompañé hasta su morada, rondé sus balcones... En vano quise borrarla de mi corazon, su hermosa imágen siempre estaba conmigo; espiaba todos sus pasos, supe que aquella dama era casada y en mi loco frenesí, porfié; y al hallarme con obstáculos... atropellé. *(Pausa.)* Un año despues salió mi tercio de Nápoles, y triste abandoné la hermosa ciudad donde dejaba dos séres á quienes adoraba.

BEATRIZ. Luego partimos para Flandes, allí murió la desgraciada Gabriela.

LOPE. Una órden del Rey me condujo á Bruselas; sabia que estábais allí...

BEATRIZ. Escusado es, señor conde, que hableis mas; sé perfectamente toda la historia... Oh! cuando supo ella que habíais sido vos el que habia caido herido al pié de la ventana... Pero os estoy recordando cosas que no os son nada agradables, y despues de una jornada tan larga, tendreis necesidad de descanso.

LOPE. *(Levantándose.)* Si, Beatriz, quiero reposar un poco.

ESCENA II.

Dichos.—LAURA.

LAURA. Señor conde, sabia que estábais aquí y venia á acompañaros. Estoy tan contenta á vuestro lado!

LOPE. Laura, decís que á mi lado!...

LAURA. *(Picada.)* No creo haberos ofendido, para que useis conmigo de ese lenguage tan grave.

LOPE. Yo? no os comprendo...

LAURA. Me hablais de vos, y eso no es justo. No es cierto, Beatriz? Quiero que me trateis como si fuese vuestra hija.

LOPE. *(Con gozo.)* Oh Laura!

LAURA. *(Con cariño.)* No sé qué encuentro en vos, pero me inspirais cariño y confianza; yo sé que tambien me quereis...

LOPE. Y quién no ha de quererte, hija mia?

LAURA. Asi me place; llamadme vuestra hija. Sé que me quereis y que os interesais por mí: me han dicho que hablaríais con mi padre para que desistiese de cierto proyecto que no me es nada grato.

LOPE. *(Sonriéndose.)* Y quién te ha dicho, hija mia?...

LAURA. Os sonreis? Ah, entonces cuento con vuestro apoyo.

BEATRIZ. Si, el señor conde quiere hablar con vuestro padre...

LAURA. Cuando le conozcais, vereis que tengo razon en no amar á Gracchione.

LOPE. *(Maliciosamente.)* Pero puedes amar á don Juan?

LAURA. Veo que todo lo sabeis: si, le amo como á la luz de mis ojos, y vos tambien le amareis cuando le conozcais. Es un jóven pintor, á quien conocí cuando mi padre le trajo á casa para que hiciese su retrato. Es tan desgraciado!

BEATRIZ. Debo de avisaros que el señor conde está fatigado del camino, quiere descansar y...

LAURA. Perdonad, yo ignoraba...

LOPE. No, hija mia, á tu lado todo lo olvido.

LAURA. No os detengais; pero qué dirá mi padre que queriendo solemnizar vuestra llegada, ha invitado á todos sus amigos de la corte á un sarao que debe dar esta noche? Mirad, ya empiezan á venir los convidados. (*Varias damas y caballeros cruzan por los salones.*)

LOPE. (*Aparte.*) (Ese hombre siempre está haciendo necedades.)

LAURA. Pésame no poder estar á vuestro lado.

LOPE. Laura, no sientan bien á mis canas, ni á mis hábitos militares esas frivolidades de la corte. Breves horas me bastan para descansar: tal vez por complacerte vuelva á esta sala antes de que concluya la fiesta.

LAURA. (*Con intencion.*) Prometedme que volvereis. He invitado á cierto mancebo, y quisiera que vos le conociéseis.

LOPE. (*Sonriéndose.*) Entonces te lo prometo, volveré.

LAURA. Gracias, señor conde, gracias. Quiero acompañaros hasta vuestra estancia. (*A Beatriz.*) Te espero en mi gabinete. (*Váse con don Lope por la izquierda.*)

ESCENA III.

BEATRIZ.—BENVENUTO. *Se aumenta la gente en los salones.*

BEATRIZ. Vamos, la llegada del conde ha venido á calmar los pesares de Laura, ha venido á hacer su ventura. (*Durante las palabras de Beatriz, Benvenuto ha aparecido en el salon del fondo hablando con varios convidados.*)

BENVEN. (*Bajando á la escena.*) Ya van llegando todos; hoy es el dia mas venturoso de mi vida. Pero, en dónde está? (*A Beatriz.*) Me podreis decir dónde está el conde de Harlem?

BEATRIZ. Fatigado de la jornada que ha hecho, queria descansar y ha entrado en su aposento.

BENVEN. Se ha retirado! Por el siglo de mis padres! yo que trataba de sorprenderle...,

BEATRIZ. Mas ha prometido presentarse en los salones, y no dudeis que lo cumplirá.

BENVEN. Eso ya es distinto.

BEATRIZ. Permitidme que vaya al gabinete de Laura. (*Váse.*)

ESCENA IV.

BENVENUTO.

El conde se ha retirado á su estancia!... mejor! Cuando todos los convidados hayan entrado, me dirijo á su aposento, le doy mi brazo y le hago cruzar conmigo los salones: todos dirán: Son dos compañeros de armas, dos valientes!

ESCENA V.

Dichos.—DON LUÍS.—DON FÉLIX.—DON MARTIN *y otros convidados bajan á la escena. Se oye dentro música.*

LUIS. Qué os parece del antiguo abastecedor de víveres del ejército de Italia? Todo este lujo es á costa de las raciones que no comieron los pobres soldados.

FELIX. Se conoce que trató de abastecerse á sí propio.

MARTIN. Silencio, aquí le tenemos.

LOSTRES. (*Saludando.*) Señor Benvenuto!

BENVEN. Caballeros, huélgome de que hayais venido á honrar mi morada. Perdonad, don Luis, que me asombre de veros por aquí; un galan tan enamorado como vos, y que segun se murmura trata de casarse, deberia estar al lado de su dama. (*Se rie.*) Já! já! já! Os parece que digo bien, don Martin?

MARTIN. Sí, pero ya sabeis lo que es don Luis; seis veces ha estado á pique de caer en la red; y siempre ha escapado de ella milagrosamente.

BENVEN. Sois diestro, señor don Luis; lo mismo era yo en mis mocedades, cuando estaba en el ejército.

Y vos, don Martin, el gran noticiero de la corte, qué nuevas nos dais?

MARTIN. Se dice que el Rey nos abandona.

TODOS. Cómo?

MARTIN. Sí, dicen que parte para el Escorial esta tarde.

LUIS. No es novedad; todos los meses hace dos ó tres viajes para ver las obras del monasterio.

MARTIN. Pero muchos ven en este viaje...

BENVEN. Supongo que ya en Madrid se hablará de la llegada del conde de Harlem?

MARTIN. Se sabe que ha venido á la corte y cada cual interpreta este suceso á su modo. (*Con intencion.*) El señor Benvenuto es quien podria aclararnos...

BENVEN. (*Con importancia.*) Perdonad si en esta cuestion me privo de hablar; sabeis la grande intimidad que media entre los dos, y seria un abuso de confianza... el que yo... dispensadme, veo que entran varias damas y me es forzoso... (*Váse.*)

ESCENA VI.

Dichos, menos BENVENUTO.—*Un grupo de convidados se sienta al rededor de una mesa de ajedrez.*

MARTIN. (*A los otros.*) Ya habeis oido el aire de misterio con que el señor Benvenuto ha hablado de su huesped: para mí tengo que la venida del conde á Madrid tiene una mira política muy grande.

FELIX. Para mi tengo que el conde ha venido de Flandes, porque se ha acabado la guerra.

MARTIN. Pero el tono con que el señor Benvenuto ha hablado y ese modo de eludir nuestra compañía, hace sospechar...

FELIX. Hace sospechar que el señor Benvenuto es un necio. Ha hablado asi, solo por darse importancia.

LUIS. Lástima de que un hombre como él, tenga por hija la mas hermosa dama de la corte!

MARTIN. Pero á que ignorais quién es el aspirante á la mano de Laura?

LUIS. No lo ignoro: sé que es un mancebo llamado don Juan, un pintor de bastante habilidad segun dicen, y aseguran que es correspondido.

MARTIN. Entonces son dos; hay otro que ha venido hoy mismo á la corte. Le conocereis, es César Gracchione.

LUIS. Ese italiano es el amante de Laura? Es imposible; ella no puede amar á ese hombre; todos sabeis quién es; se murmuran de él tales cosas, que...

MARTIN. Pero como es rico...

LUIS. No obstante, el dote de Laura es mayor que todo cuanto tiene Gracchione.

MARTIN. El me ha dicho que está ciego, enamorado de ella.

FELIX. De quien está enamorado Gracchione es de los miles de ducados de su padre.

LUIS. A propósito de ducados: quereis perder algunos de ellos al parar?

MARTIN. No tengo inconveniente.

FELIX. Como gusteis, don Luis. *(Se sientan á jugar.)*

ESCENA VII.

Dichos.—GRACCHIONE—*Varios caballeros se arriman á la mesa donde juegan los anteriores.*

GRACCH. He corrido todos los salones y no le he visto aun; tampoco he visto al conde. Es preciso que averigüe...

MARTIN. *(Jugando.)* Yo alzo de mano. *(Benvenuto aparece en el fondo.)*

GRACCH. Señor Benvenuto!

LUIS. *(A Félix.)* Ahí teneis ya al italiano; esta noche hemos de ver si es correspondido.

BENVEN. Ya os echaba de menos, señor Gracchione. Estrañareis no ver aquí á mi camarada el conde de Harlem? Estaba fatigado del camino y le he obligado á que se retirase á descansar.

GRACCH. (Ah! entonces nada debo temer.)

BENVEN. Pero no os impacienteis si deseais verle: se ha empeñado en que mas tarde quiere acompañar-

me á recorrer los salones. *(Benvenuto se acerca á los jugadores.)*

GRACCH. (Y don Juan no parece! Le he visto y me ha dado su palabra de que vendria; no creo que falte á ella.)

BENVEN. El juego! el juego! Era mi pasion favorita en otro tiempo, cuando estaba en el ejército.

GRACCH. (Si se retarda, soy perdido! trescientos mil ducados de dote! El sitio y la ocasion no podrian ser mejores: aquí, delante de tanta gente!)

MARTIN. No quereis acompañarnos, señor Gracchione?

LUIS. *(Jugando.)* La suerte me protege.

GRACCH. (Esta inquietud me desespera: es menester que me calme.) *(Se acerca á los jugadores.)* Acepto, don Martin.

MARTIN. (*A Gracchione.*) Mirad, una sota.

GRACCH. Paro dos ducados. *(Juega.)*

BENVEN. *(A Gracchione.)* Vos habeis tenido siempre muy buena suerte.

MARTIN. *(Idem.)* Os toca jugar. Muy distraido estais.

GRACCH. *(Que no cesa de mirar á los que hay en la sala.)* Dispensadme: tengo interés en ver...

LUIS. (*A Martin.*) No os lo decia? Tiene interés en ver á Laura.

MARTIN. El rey de bastos. Habeis perdido.

FELIX. Hemos perdido, porque el señor Gracchione no ha jugado como debia.

GRACCH. Vuelvo á rogaros que me perdoneis.

MARTIN. Muy preocupado estais.

GRACCH. (*En tono baladron.)* Es cierto, señores: antes os lo he dicho: estoy esperando á cierto mancebo...

MARTIN. Señor Gracchione, habeis dicho esas palabras con un tono... Podremos saber quién es ese mancebo, y qué causa motiva esa saña que al parecer le teneis?

GRACCH. No tengo reparo en deciroslo.

LUIS. Hablad.

GRACCH. (*Baladron.*) Es un insolente que ha proferido palabras que no debia, y á quien estoy esperando para exigirle una reparacion.

ESCENA VIII.

Dichos.—Don Juan *por el fondo.*

Felix. (*A don Martin.*) Mirad, ahí está ese don Juan de quien antes hemos hablado.

Gracch. (*Al oir las palabras anteriores, alza la vista y le vé.*) Ah! don Juan! (No sé lo que me pasa. El miedo! el miedo! ya no es posible retroceder!)

Felix. (*A Gracchione.*) Y podremos saber el nombre de ese desgraciado á quien tratais de insultar?

Gracch. Vos acabais de pronunciarlo.

Luis. Don Juan!

Gracch. El mismo, señores, el mismo: es un cobarde que ha rehusado esta mañana medir la espada con la mia.

Todos. Qué decis?

Gracch. La verdad, señores. (*Varios caballeros que han oido las últimas palabras de Gracchione, se acercan á la mesa de juego. Pacheco baja á la escena, y al ver á don Martin le alarga la mano: este, sin contestar, retira la suya.*)

Pach. Guárdeos el cielo, don Martin. (No comprendo... pero estando aquí mi Laura, qué me importan los demas? No la he visto todavía.) (*Gracchione se oculta detrás de algunos caballeros. Don Félix se levanta y se dirige á Pacheco.*)

Felix. Señor don Juan, debo de hablaros con franqueza; se acaban de pronunciar ciertas palabras que os ofenden...

Gracch. (Ah! me faltan las fuerzas!)

Pach. Qué palabras?

Felix. El que las ha pronunciado debe demandaros perdon, ó repetirlas delante de vos.

Gracch. (*Ap.*) Es preciso á todo trance...

ESCENA IX.

Dichos.—LAURA, *que sale con Beatriz por la puerta izquierda.*

LAURA. (*Al ver á don Juan.*) (Allí está.)
GRACCH. (*Se adelanta y se coloca frente á Pacheco.*) Yo soy el que ha proferido esas palabras.
PACH. Y qué palabras son esas?
GRACCH. Las repetiré delante de todos. Sois un cobarde.
PACH. (*Con un movimiento.*) Ira de Dios!
LAURA. Dios mio! Qué oigo! Beatriz! (*Los jugadores de las otras mesas se levantan; la gente de los salones se acerca. Murmullos.*)
PACH. Y sois vos, señor Gracchione, vos quien me insultais?
GRACCH. Yo soy, yo, quien os insulta.
LAURA. Vengaos, don Juan, vengaos!
GRACCH. Y por si las palabras proferidas no son motivo suficiente para haceros empuñar la espada, tomad. (*Le arroja el guante á la cara.*)
LAURA. Ay! (*Cae desplomada en los brazos de Beatriz.*)
PACH. Villano! (*Se precipita sobre Gracchione, y de pronto se detiene.*) Oh! mi juramento!
BENVEN. Cobarde!
LUIS. Qué baldon!
MARTIN. Qué mengua! (*Confusion en la sala: el rumor entre los convidados se aumenta.*)
PACH. Basta, Dios mio, basta! no puedo mas! (*Avergonzado se retira: todos le abren paso, y al mismo tiempo sale don Lope por la izquierda.*)

ESCENA X.

Dichos.—DON LOPE.

LOPE. (*Reparando en Pacheco.*) Vive Dios! qué es lo que ven mis ojos? Mi hijo!... Mas qué es esto?
BENVEN. Nada, señor conde, nada: un guante que han arrojado á la cara de ese pobre diablo de pintor,

de ese don Juan; insulto á que no ha contestado.

LOPE. (*Con ira.*) Decis que á ese mancebo le han afrentado en el rostro, y no ha despedazado al hombre que á tanto se ha atrevido?

BENVEN. Vos lo habeis dicho.

LOPE. (Oh! entonces no es mi hijo!) Pero decidme: quién ha sido el agresor?

BENVEN. Miradle: ahí le teneis. (*Señalando á Gracchione que está sentado en un sillon como rendido del esfuerzo que ha hecho.*)

LOPE. (*Con desprecio.*) (Miserable!)

GRACCH. (*Levantándose y acercándose á Benvenuto.*) La mano de vuestra hija me pertenece ya. (*Benvenuto le alarga la mano.*)

LOPE. (*Acercándose á Beatriz que está socorriendo á Laura.*) Es ese el hombre á quien amaba Laura?

BEATRIZ. Ese mismo, señor.

LOPE. Pues es preciso que le olvide: la hija de Gabriela no puede ser esposa de un hombre deshonrado!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa del capitan Pacheco. Un caballete con un lienzo á medio pintar: paleta y pinceles sobre una silla. Cama con colgaduras sencillas á la izquierda; inmediato á la cama un armario pequeño, y encima de él un crucifijo. Puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

PACHECO *escribiendo.—Poco despues* MILLAN.

MILLAN. Me ha llamado vuesamerced, señor?

PACH. (*Cerrando una carta.*) Te he llamado para que lleves esta carta. (*Reflexiona y se pone de pié.*) Aunque bien mirado... (*Paseándose con agitacion.*) Nada, Millan, nada... Vete, déjame solo.

MILLAN. Qué es dejaros, señor?... Soy acaso judío ó renegado ó morisco, para dejar á un cristiano abandonado como un perro á la desesperacion, sin dirigirle una palabra de consuelo?

PACH. Ya sé, Millan, que posees un corazon compasivo; pero no quiero que haya nadie en el mundo que pueda jactarse de haberme visto derramar una lágrima, y necesito verterlas á torrentes, si no he de sucumbir á la saña, al despecho, al frenesí que me devora.

MILLAN. Ignoro, señor, la causa que á este estremo os ha conducido; pero ya os he dicho que soy cristiano viejo, y que no me separaré de vuesamerced como no sea para avisar á un doctor.

PACH. No me ha sucedido nada; no quiero nada sino

que me dejes solo: ¿lo has entendido? Déjame. (*Millan dá algunos pasos hácia la puerta.*) Aguarda... Vas á disponer mi maleta, vas á avisar y á traerme postas sin perder tiempo: vas?...

MILLAN. Pues qué, es vuestro ánimo dejar la córte? Algun negocio...

PACH. No: voy á partir á Cádiz, y de allí á América, y de América....

MILLAN. Conque me dejais, señor!...

PACH. Quiero ausentarme de Madrid, quiero alejarme de cuantos me conocen, quiero morir: no me repliques, y obedece las órdenes que te he dado.

MILLAN. Voy, señor, voy. (Qué le habrá pasado, Dios mio!)

ESCENA II.

PACHECO *solo.*

(*Torciéndose las manos.*) Y es á mí... es á mí á quien un hombre... Pero ¡qué hombre, santos cielos! Y ese villano se ha atrevido?... Y vive aún? Y se jacta acaso de su vileza? ¡Y yo, yo... vivo sin honra? Válgame Cristo! (*Toma un papel y una pluma y escribe precipitadamente algunas líneas. Se levanta y se dirige á la puerta con paso vacilante.*)

ESCENA III.

PACHECO.—*Despues* MILLAN.

PACH. Millan! Millan! (*Sale Millan.*) Haz que llegue esta carta inmediatamente á la persona á quien va dirigida.

MILLAN. Al punto, señor.

PACH. Entrégala si puedes en propia mano, y vuelve.

MILLAN. Lo haré, señor.

PACH. Oye: de paso puedes avisar las postas.

MILLAN. Descanse vuesamercced en mi celo. (*Váse.*)

ESCENA IV.

PACHECO *solo, recorriendo con la vista los muebles.*

Mis cuadros! mi paleta... mis pinceles... Por ellos la conocí. *(Llegándose á la mesa.)* Mis versos... Porque yo aunque rudos he hecho versos! Oh! el amor y la melancolía son las únicas musas del desgraciado. Porque yo soy un desgraciado que ni aun á amar me atrevo! Yo!.. No hace veinte y cuatro horas, cuando mi honra permanecia aun intacta; cuando estaba resuelto á arrostrarlo todo por conseguir la mano de ese angel, de Laura; escribia... escribia y dudaba...

(*Lee.*)

Arroyo, estoy á tu orilla,
miro tu corriente clara
muerto de sed;
el ansia en mis ojos brilla,
el alma te sigue avara;
dí por merced:
Si obedeciendo al deseo
que me impulsa, el labio inclino
á tu raudal;
si mi paladar recreo
con tu licor cristalino,
me hará mal?
Flores hay, y son muy bellas,
cuyos pétalos sutiles
dañinos son:
serán tus aguas como ellas?
¡Manantiales hay á miles
de perdicion!
Arroyo, mi angustia crece;
arden mis fauces, mi boca...
quiero beber...
rudo temblor me estremece:
no importa! ¿Con sed tan loca,
que puedo hacer?—

Todo fue un sueño! pero un sueño de que es

preciso despertar. (*Recoge los papeles y va á guardarlos en el armario.*) Qué es lo que veo! Mi espada!... La espada con que murió mi padre! La espada con que yo... No, no: tengo miedo de tocarla. Mi coselete! mi sombrero!... mi daga! Oh! esta sí: mi daga no está manchada. Con ella quiero lavar mi afrenta. (*Desenvaina la daga.*) Si me matase dirian que lo habia hecho por miedo; las cosas mas estrañas son las que mejor se creen... Pero arrastrar la vida que yo arrastro... Jamás! (*Vá á herirse y fija sus ojos en el crucifijo.*) Más padeciste tú, Dios mio, y no atentaste á tu vida. Basta: he delinquido y viviré para el sufrimiento.

ESCENA V.

MILLAN.—PACHECO.

MILLAN. Señor, ya he cumplido vuestro mandato.

PACH. Y has entregado tú mismo la carta?

MILLAN. Yo mismo, si señor.

PACH. Pero la habrás puesto en su propia mano?

MILLAN. En su propia mano, no lo dude vuesamerced.

PACH. Muy bien, Millan, muy bien, gracias por todo. —Y has avisado las postas?

MILLAN. Llegarán de un momento á otro.

PACH. Perfectamente. Vé ahora á disponer mi maleta.

MILLAN. Pero señor...

PACH. Nada; voy á salir: si no vuelvo, ese crucifijo, mis lienzos y ese armario con todo lo que encierra, lo entregarás á la persona á quien has dado mi carta: lo restante es tuyo. Con la maleta y las postas me aguardarás en la puerta segoviana.

MILLAN. Pero, señor, es posible?

PACH. (*Tomando el sombrero.*) No pierdas tiempo. Acaso, Laura mia, habrás ya dejado de despreciarme.—Qué ocurre?

MILLAN. (*Volviendo.*) Una tapada, señor, se empeña en que os ha de ver.

PACH. Una tapada á mí? Quién será?... Hazla que entre.

ESCENA VI.

Dichos.—LAURA.

MILLAN. Entrad, señora, entrad: allí está mi amo.
LAURA. *(Cogiéndole de las manos.)* Juan! mi querido Juan!
MILLAN. Señor, despido las postas?
PACH. No, Millan; nunca.
LAURA. Sí, sí, despídelas; tu amo no debe ya salir de Madrid. *(Vase Millan.)*

ESCENA VII.

Dichos, menos MILLAN.

LAURA. Ya podeis conocer, amores mios, que no habré dejado mi casa, que no me habré espuesto al enojo de mi padre, para que consienta en que me abandoneis.
PACH. Laura!
LAURA. Si es que amais á Laura, como decís, preciso es que os sometais á sus deseos, y que no pagueis en desvíos el cariño que os profesa.
PACH. Pero Laura, dueña de mis ojos, sin duda no habeis comprendido la carta que os escribí; el insulto que he recibido brota sangre, y no debo, no puedo tomar reparacion del que me afrentó: mi cariño mancha, y yo no quiero contaminar con mi mirada al ídolo de mi corazon. Si me separo para siempre de vos, es porque os amo; porque os quiero mas que á mi propia vida.
LAURA. Mal se conoce, Juan; mal se conoce.
PACH. Luz de mi alma! Vos que sois tan pura como la brisa del alba, no comprendeis lo que es vivir afrentado.
LAURA. Esa afrenta no os mancha á vos, Juan, sino al villano que se ha atrevido á abusar de un juramento.

PACH. Pero se ha atrevido, Laura.

LAURA. Y sin embargo, vos sois tan honrado como él es vil.

PACH. Pero hay una mancha anterior que está pesando sobre mi corazon, sobre mi conciencia; y esa mancha que ata mis manos, toda el agua de los mares seria insuficiente para lavarla.

LAURA. Y no han bastado nueve años... nueve años eternos de espiacion?... Quédate, don Juan, quédate, dueño mio; venga tu honra.

PACH. *(Irguiendo la cabeza.)* No es verdad que sí?... no es cierto que debo vengarla?

LAURA. Tu mismo padre te lo ordenaria.

PACH. Mi padre! mi padre!... Oh! ya me habia olvidado de mi juramento!

LAURA. Juan, yo te amo, yo voy á ser tu mujer: tu honra es mi honra: yo, en nombre de tu padre, te ordeno que vuelvas por ella.

PACH. A haberme encontrado con fuerzas suficientes para faltar á la palabra que empeñé delante de Dios y del cadáver de mi padre, hubiera vuelto por ella en el terrible momento que ni aun me atrevo á recordar; ahora tengo muy presente mi promesa, y á mas es tarde.

LAURA. Oh! tienes razon, desgraciadamente la tienes. Dios que fué testigo de tu juramento te maldeciria, y él solo ó tu padre pudieran dispensarte de su cumplimiento. Desventurado! Cuán dolorosa debe de haber sido tu resignacion!

PACH. Pero vos, Laura mia, la comprendeis y os apiadais de este infeliz. Esto me basta: vuestra compasion puede únicamente hacerme tolerar la risa y la mofa desgarradora de los cobardes. Erigiré un templo en mi corazon, y en él vivireis eternamente. Sí, Laura; esto es todo lo que puedo hacer por vos: pero haceros partícipe de mi miseria, eso no, jamás; he sido criminal una vez, y os juro que no he de serlo la segunda. Dejadme, dejad á un desgraciado que se aleje del sitio de su deshonra.

LAURA. Oh! no habia tenido tiempo bastante para conocerte! Tienes razon: es preciso que partas, sí, es preciso.

PACH. Ya lo veis, Laura; vos misma lo conoceis.

LAURA. Y es mas, lo apruebo; pero no marcharás solo.

PACH. Qué quereis decir?

LAURA. Que te acompañaré á todas partes; que tu suerte será la mia; que de la afrenta que te hirió, Laura fué la causa, y á Laura toca repararla; que soy tuya, que quiero serlo aun contra tu voluntad, y que si para seguirte tuviese que desgarrar mis piés y carecer de sustento, y padecer frio, y no tener otro lecho que el suelo de los caminos, lo haria, sí, lo haria alegre sin vacilar, porque yo soy ahora quien te suplica, quien te pide de rodillas que me admitas por mujer tuya.

PACH. Basta, Laura, basta: no comprendes que mi corazon está á punto de estallar? no ves que desgarras mi alma con tu generosidad?

LAURA. Comprendo que te amo, y esto me sobra; veo que aceptas mi ofrecimiento, y te doy gracias.

PACH. Nunca, dueño mio; eso jamás.

LOPE. *(Dentro.)* No es este el número tres de la calle de la Magdalena?

LAURA. Esa voz!

MILLAN. Sí señor, pero mi amo se está preparando para partir, como vuesa merced habrá visto, y no quiere que nadie le vea.

LOPE. Pues por lo mismo insisto en que no ha de salir sin que yo le hable.

LAURA. Esa voz! no hay duda; esa voz es la del conde de Harlem, y si me viese...

PACH. Y ese conde, quién es? por qué me busca?

LAURA. Lo ignoro, nada sé; pero es preciso que no me vea.

LOPE. Pues ese mismo; ese es el capitan Pacheco.

PACH. (El capitan Pacheco ha dicho!) Laura, señora, ocultáos detrás de esas cortinas; pronto, que llega. *(Entra Laura.)*

ESCENA VIII.

Dichos.—Don Lope.

Lope. *(Al entrar.)* (El es, no cabe duda!)

Pach. *(Turbado.)* No me direis, señor caballero, á quién tengo la honra de recibir en mi casa?

Lope. Os habeis olvidado ya de mí, capitan Pacheco?

Pach. (Estaré soñando?... Se habrá trastornado mi razon!) Vos sois... pero no es posible: yo estoy loco, perdonadme: creo conoceros, y no... no sois vos el que imagino.

Lope. Miradme bien, capitan.

Pach. Ya os miro, y creo... no, es imposible; no os conozco.

Lope. Ni yo á vos.—Conocí ya hace años, muchos años, á un mancebo que llevaba vuestro apellido; pero aquel Pacheco era soldado, era caballero, y vos... vos sois un pintor, y dudo mucho que seais hidalgo.

Pach. Solo mi padre, caballero, solo él, lo entendeis? tendria derecho para dirigirme esa reconvencion. Vos, señor, me le haceis recordar á pesar mio; pero el hombre á quien yo daba tan dulce título, murió hace nueve años en Bruselas á manos de un insensato.

Lope. (Será cierto que ignore...) Mal se aviene la jactancia de vuestras palabras, con la villanía de vuestros hechos.

Pach. Señor...

Lope. Sin duda el color ceniciento de mis cabellos os ha alentado á conduciros de ese modo (probemos); pero os habeis engañado; mi brazo es fuerte, y mi corazon lo es mas.

Pach. Caballero, seais quien fuéreis, porque ya os he dicho que mi padre ha muerto, aunque soy el capitan Pacheco de quien me hablábais, no ha sido mi ánimo ofenderos; y si lo hice inadvertidamente, os ruego que me perdoneis.

Lope. Conque vos sois el capitan Pacheco, y el capitan Pacheco se ha hecho un cobarde?

PACH. Señor...

LOPE. Basta ya, no me digais mas; la sangre de los Pachecos no es la vuestra; ni yo tengo nada que ver con vos. El cielo os guarde. *(Vá á irse.)*

LAURA. Infeliz! Oh! esto es ya demasiado.—Señor Conde! señor conde!

LOPE. Laura! Vos aquí?

LAURA. Sí, señor Conde; ya lo estais viendo...

LOPE. Pero, qué motivo?

LAURA. Leed, señor conde, leed; esta carta os lo esplicará todo.

LOPE. Pero vuestra conducta?...

LAURA. Leed, general, leed por el Dios á quien adoramos.

PACH. (General!)

LOPE. Está bien, leeré. *(Leyendo.)* «Laura, voy á se»pararme de vos para siempre: pero antes me »es forzoso acabar de referiros mi antiguo cri»men, y observad, señora, que tengo que re»currir á un crimen para justificarme. Hace »nueve años, que el capitan Pacheco, este era »mi nombre, por un alarde insensato, hirió »mortalmente á un hombre, cuyo rostro no dis»tinguió á causa de la oscuridad de la noche; »mas en cuyos restos, ya sin vida, reconoció á »poco á don Lope de Megia, al cabo de su ter»cio, á su padre adoptivo.»—No necesito continuar: Laura, hija mia, todo está comprendido.

LAURA. Leed, caballero, leed, leed hasta el fin.

LOPE. »Su desesperacion entonces, Laura, no tuvo lí»mites; y en voz muy alta, á la faz de Dios y en »presencia de cinco hombres, y del cadáver »ensangrentado de su padre, juró no poner nun»ca mano á la espada ni aun para defender su »honor ultrajado. Adios, señora, compadecedme »y no me desprecieis.» *(Con voz ahogada por los sollozos.)* Hijo de mi corazon!

PACH. *(Estrechándole en sus brazos.)* Padre!

LAURA. Pacheco! él!... vuestro hijo? No es eso lo que habeis dicho, general?

LOPE. Sí, Laura, sí: el capitan Pacheco es mi hijo, mi hijo adoptivo, y el cabo de su tercio, don Lope

de Megia, á quien lloraba muerto, le está estrechando contra su corazon!

PACH. *(Alzando los ojos al cielo.)* Gracias, Dios mio, gracias!

LAURA. Sí, capitan Pacheco, los dos se las debemos; porque este dia es el mas venturoso de nuestra vida.

LOPE. *(Con regocijo.)* Qué es lo que estoy oyendo!

LAURA. Ya estais viendo, señor, que el capitan Pacheco no es un cobarde.

LOPE. Cobarde! ¿Y quién ha podido imaginarlo siquiera?

PACH. Oh padre mio!... Esa palabra sola me hace olvidar... qué es olvidar? me hace bendecir las amarguras que en nueve años he devorado.

ESCENA IX.

Dichos.—MILLAN.

MILLAN. Ahi fuera está un caballero que se lamenta de que le habeis robado su hija, y que acompañado de otros varios dice que quiere vengarse de vos, señor.

LAURA. Mi padre! Dios mio!

LOPE. Silencio! *(A Millan.)* Y tú qué has hecho?

MILLAN. Les he dicho que mi amo habia salido de Madrid; pero no dan crédito á mis palabras, y he tenido que cerrar el porton.

PACH. Abrele, Millan, ábrele al punto.

LOPE. Sí, no conviene que tome mano en esto la justicia; y que el escándalo sea completo.

LAURA. Pero, señor conde, mi padre está irritado, porque me cree liviana: qué va á ser de mí?

PACH. Volved á vuestro asilo; yo os respondo de todo!

LOPE. *(A Millan.)* Sí, sí, ocultaos conmigo, y dejad obrar á mi hijo. Abrid la puerta á esos hombres.

ESCENA X.

Dichos.—Benvenuto.—Gracchione.—Don Felix.—Don Martin.—Don Luis *y otros.*

Benven. He sabido por un criado que mi hija Laura ha abandonado mi casa; y que ciega y falta de vergüenza, se ha refugiado en esta que habitan la liviandad y la cobardía.

Pach. El criado que os ha dado esa noticia, caballero, ha faltado á la verdad; ni la liviandad ni la cobardía han pisado nunca los umbrales de mi morada.

Martin. (*A Gracchione.*) Ahora es la vuestra.

Gracch. El señor Benvenuto Fortunato, mi futuro suegro, -ha tratado verdad; y yo en nombre suyo, y en mi propio nombre, os reto á muerte, y ya sabeis quién yo soy.

Pach. *(Con acento despreciativo y sañudo.)* Demasiado.

Gracch. (No me ha gustado nada ese tono... Si despertará?)

Benven. Ya todos sabemos, caballero, que sois un bravo, y ese... *(A Gracchione.)* ese don Juan tampoco lo ignora; *(Pacheco da un paso hácia el armario.)* pero yo soy el padre de esa locuela, y á mí me pertenece la demanda. (De esta hecha me acredito para siempre.)

Pach. Reportaos, caballero, reportaos. Peinais ya canas, y sois el padre de la mujer que amo... de otro modo...

Gracch. *(Con menos aplomo.)* Pero yo no peino canas y soy amado de Laura.

Pach. Mentís.

Gracch. (*Turbado á Benvenuto.*) Qué es lo que me ha dicho?

Lope. (*Presentándose.*) Os ha dicho, y os repite, que mentís.

Benven. Vuesa Escelencia en esta casa? Ya nada temo por mi hija.

Lope. Y haceis bien en no inquietaros. (*A Gracchione.*) Os han dicho que mentís, hidalgo!

GRACCH. Es posible!... pero yo no lo habia oido.

LOPE. Capitan Pacheco, tomad vuestra espada. Hace nueve años, cuando en Bruselas afeaba vuestra conducta, os prometí que si alguna vez érais provocado, yo mismo os serviria de testigo.

PACH. (*Tomando la espada del armario.*) Gracias, padre mio, gracias! (*A Gracchione.*) Defiéndete ahora, fementido!

GRACCH. Capitan Pacheco... yo...

PACH. Tú, sí, mal nacido, traidor, cobarde.

LUIS. No oís lo que el capitan os dice?

GRACCH. (*Balbuceando.*) Lo estoy oyendo... Sí señor.

PACH. Y por qué no contestas, infame?

FELIX. Eso es; por qué no contestais?

GRACCH. (*Tambaleándose.*) Porque... el capitan... tiene razon...

LUIS. Conque reconoces que eres un vil?

GRACCH. Sí, si señor: lo reconozco.

MARTIN. Conque consientes en quedar por cobarde?

GRACCH. Sí... sí... Consiento.

PACH. Y mal nacido y traidor? Dilo en voz alta; en público me has afrentado, y en público has de confesar tu villania.

GRACCH. Todo, si señor, todo; pero perdonadme.

PACH. Perdon! Perdon! Fuiste testigo de un juramento, y cobarde como eres, te has atrevido á mí? á mi honra? á mi cariño? Y aun osas rogarme que te perdone? Nunca: tu sangre toda no basta á borrar una sola de estas afrentas. (*Arroja la espada y echa mano á la daga.*) Ya que no me es dado como caballero, te mataré como villano.

LOPE. Cálmate, Juan, cálmate: al lobo carnicero se le ataca; al reptil asqueroso se le pisa. (*Le derriba en el suelo y le separa de sí con el pié.*)

MARTIN. Levantaos, y salid.

LUIS. Salid, villano, salid; pero que sea de España; esta no es tierra de traidores. (*Gracchione se incorpora penosamente y se vá.*)

ESCENA XI.

Dichos ,menos GRACCHIONE.

LOPE. Ya lo habeis oido, señores; ese miserable oyó jurar á mi hijo que sin conocerme creyó que me habia muerto, que nunca desenvainaria su espada cualquiera que fuese la afrenta que le hicieran.

FELIX. Señor don Lope, callad: sin estar en el secreto, os juro que le habia adivinado.

MARTIN. Os dignareis ahora, capitan, aceptar la mano y la amistad de estos caballeros?

PACH. Oh! Con toda mi alma.

LOPE. (*Alargándole la mano.*) Gracias, señores. El cielo os guarde. (*Los acompañan hasta la puerta.*)

ESCENA ULTIMA.

DON LOPE.—PACHECO.—BENVENUTO.—*Despues* LAURA.

BENVEN. Conque vos sois el denodado capitan del tercio de Cerdeña?

PACH. Yo!...

BENVEN. Estoy seguro de que todavía se habla de vos por aquellas regiones.

LOPE. (Este hombre es necio sobre todos los necios.) Oidme, señor Benvenuto: quereis cederme vuestra hija?

BENVEN. Cómo, general! Os dignariais honrar á mi Laura con el nombre de esposa? (*Aparece Laura.*)

LOPE. (*Tomando las manos de Laura y Pacheco y uniéndolos.*) No: quiero tener derecho para llamarla mi hija.

BENVEN. Me haceis dichoso, general.

LAURA. Yo sí que os debo mi ventura.

LOPE. (*Abrazándolos.*) Hijos!... Estas eran mis esperanzas!

PACH. (*Besándole las manos.*) Padre mio!

BENVEN. Laura, mis votos se han cumplido: eres la esposa de un soldado.

PACH. Laura! Padre! Oh! no matan los gozos ni los pesares: á no ser asi, ó hubiera sucumbido bajo el horrible peso de mi juramento, ó el júbilo que me enagena acabaria conmigo en este instante.

FIN DEL DRAMA.

Pst! Pst
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas insulas me dan.!.
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los treses el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Cosas de don Juan.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.

Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.

Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

3 0112 127858485

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá. . . .	Eladio Altés.
Alcoy. . . .	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almeria. . . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. . .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda. . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Pedro Baquero
Avilés. . . .	Ignacio Garcia.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja. . . .	Francisco Asís de Robles.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Viuda de Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Juan Maestre.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Córdoba . . .	Rafael Arroyo.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Julio de Giuli.
Figueras. . .	José Conte Lacoste.
Gerona. . . .	Francisco Dorca.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen.	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Viuda de Ripa.
Paris.	Lassaley Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Manuel Verea y Vila.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María .	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Pedro Moluer.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Hueba.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José María del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Manuel Saboie.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Pedro Basañet.
Santiago. . .	Bernardo Escribano.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Manuel Martinez de la Cruz.
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	Felix Mateo.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio María Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	Magin Bertran.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Cena.
Zaragoza . .	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.